

Mariposa Negra

Rocío Silva Santisteban

–tercera edición–

Prólogo

Susana Reisz

Releo con placer, en la primera página de la primera edición de *Mariposa Negra*, la dedicatoria manuscrita de *una mariposa en pie de guerra*. Las palabras no son más sino de Rocío Silva-Santisteban. El año es 1993.

No bien comienzo a escribir este prólogo me asombro de comprobar que ya han pasado catorce años desde entonces y que la mariposa sigue en pie de guerra, cada vez más audaz, más comprometida con su propia causa, más rebelde, más creativa en su desgarró. El negro le queda a la perfección. Llevado por ella no es una convencional vestimenta de luto sino una compleja señal de alerta: una advertencia al lector para que abandone toda esperanza de encontrar en sus poemas acrobacias de coloratura o registros brillantes.

Deliberadamente no establezco ningún distingo entre la mariposa de la dedicatoria personal y la del título pues ellas están entrelazadas de modo tan estrecho que intentar separarlas con categorías teóricas como la *voz poética* y la *voz autorial* no llevaría a entender mejor ni a la una ni a la otra. Si pese a eso sigo hablando de *dos mariposas* (o de *dos voces* o de *dos imágenes* o de *dos aleteos a contraviento*) es porque se me impone la asociación con aquellas perturbadoras identidades duales o múltiples que atraviesan toda la obra de Borges: *la que habla en el poema*, *la que habla en la dedicatoria* y *la que hablaba conmigo* en el momento de escribirla son, en cierto modo, intercambiables. Los ritmos, los acentos, las tonalidades y los momentos de ejecución son diferentes pero el tema musical en que se basan es el mismo. O casi.

De lo que hablo es de esa *confesionalidad* que arriesga tanto en la escritura poética y que suele ser tan maltratada por la crítica más influyente. Cuando me pregunto el por qué de ese maltrato, me surgen respuestas tan poco ortodoxas, que planteándolas me expongo a sufrir una suerte similar en el terreno de las discusiones teóricas. Así y todo, me niego a la autocensura.

Pienso que es muy fácil –y con aprobación general garantizada de antemano– dictaminar que cuando un escritor o escritora expresa sus sentimientos más íntimos y más dolorosos de un modo ni alusivo ni elusivo, es porque no tiene sofisticación literaria o porque su mundo es tan limitado que no puede trascender su propia circunstancia individual. Sigo en esta línea ideológica: quien no es capaz de articular literariamente lo *humano-universal* tiene que dedicarse a otra cosa. (*Aplausos*).

Sin embargo ¿por qué aceptar tan sumisamente que solo lo *humano-universal*, entendido como lo opuesto a lo personal y privado, es lo que vale? ¿y qué sería lo *humano-universal* más allá del lenguaje, de los afectos, del erotismo o de la idea de una muerte segura? ¿acaso no es posible expresar vivencias colectivas hablando de lo más personal y privado? Quizás cabría precisar: *colectivas*, no *universales*. (*Aplausos más débiles*).

Rocío Silva-Santisteban, *la mariposa en guerra*, ha crecido ante ese desafío al reeditar este libro después de publicar [*turbulencia*] (2005), testimonio descarnado y desolado del insomnio, de la llaga ardiente del amor y de la lucha –utópica, condenada al fracaso– por transformar en escritura el alocado bombeo de la sangre y la insurrección de las vísceras.

Cuando empecé a releer *Mariposa Negra* en contrapunto con [*turbulencia*], resonó de pronto en mi mente el comienzo de *Ova completa* de Susana Thénon (1987), una iconoclasta poeta argentina que en vida fue poco celebrada y solo a medias comprendida:

¿por qué grita esa mujer?

¿por qué grita?

¿por qué grita esa mujer?

andá a saber

No es casual que Thénon haya utilizado a modo de pórtico para su libro un diálogo en el que una voz manifiesta su curiosidad o su disgusto y la otra –marcada por la cursiva– su poca disposición a buscar explicaciones. Lo que cuenta en esos versos liminares es que el motivo del fastidio o del desgano de esos interlocutores parodiados por la autora sea que una mujer *grite* para proclamar algo o se queje sin disimulo. Todo lo que sigue en el poema y en el resto del libro son *gritos* (menos por los decibeles que por lo molesto del contenido) o, mejor dicho, parodias de gritos, cantos o parodias de cantos, proclamas o parodias de proclamas detrás de las cuales está una mujer dividida entre el deseo de manifestar su rabia y la necesidad de mantener la compostura y de moderar y mediatizar los afectos más intensos con ayuda de la ironía y la autoironía. Nada menos *confesional* que la obra de Susana Thénon, pese a que quienes la

conocimos sabemos que en su poesía siempre hablaba de sí (aunque lo hiciera a través de los mecanismos que su pudor y sus preferencias estéticas le exigían).

Rocío Silva-Santisteban no suele recurrir a juegos de máscaras ni a parodias para poder *gritar* su amor, su dolor y su encono consigo misma por no ser capaz de liberarse del deseo, siempre insatisfecho, de amar/sufrir/gozar/morir (sin morir del todo) en una misma experiencia. Sus *cantos*, *epigramas*, *plagios*, *boleros* y *responsos* (términos con los que designa las cinco partes del libro) solo acogen la mimesis de cliché romántico y la autoironía desdramatizadoras de manera fragmentaria y contra toda expectativa, como en este final abolerado del poema “Una herida menor”, que se vuelve imprevisible precisamente porque no está incluido en la serie de los *boleros*:

Nunca nunca nunca podré deshacerme
De esto que no sé si es recuerdo
Que no sé si es venganza
Que no sé si es rencor.

En la mayor parte de los casos la cita literal, la alusión o el eco de versos ajenos o de canciones populares no tienen una intención paródica ni cumplen la función de establecer una prudente distancia ni un parapeto emocional entre las palabras y el sujeto que las articula. Las melodías ajenas son reentonadas e incorporadas a un tejido sinfónico muy personal, en el que se mezclan tonalidades melancólicas con ásperas disonancias y en el que los fraseos largos quedan frecuentemente interrumpidos por estallidos de ansiedad, rabia o desesperación

En la voz de Silva-Santisteban los cantos chirrían, los epigramas se resisten al cierre, los plagios se autodenuncian, los boleros vociferan y los responsos preceden a las muertes. Tremendo, incontenible, a veces amenazante y otras suplicante, el *grito de* una mujer atraviesa las cinco secciones del libro y desborda los márgenes de silencio de cada poema. Es un *grito* largo y mutante: expresión de rebeldía, protesta contra el sinsentido, paliativo de la soledad, llamada a la muerte compasiva o celebración panteísta de la vida:

A la hora de lanzar las desventuras, ¿quién es el primero en aguantar el grito inútil?

Quédate aquí, despacio, los dos tirados con el vientre hacia arriba; allá lejos, sobre el páramo las tululas se mecen y dejan entrever los mil mil mil gritos del sol.

El epígrafe que marca el tono dominante del libro, el teresiano *que muero porque no muero*, anuncia con total transparencia lo contradictorio y ambivalente del *grito*, al mismo tiempo que sugiere la imposibilidad de gozar plenamente en la disolución del yo: en la *habitación en rojo*, en la que *una mariposa negra, presagio de muerte*, ocupa el lugar de una efigie de Cristo, la mística de *Eros* no promete la inmortalidad sino la aniquilación de *alma* y *cuerpo*:

Cuando alguien posa sus dedos sobre mi nuca tratando una caricia

Invoco a la palabra alma y a la palabra cuerpo y les pido perdón

Estamos ante una poesía que es puro erotismo, pura pasión y también des/carnada reflexión sobre los borrosos límites entre el placer y el dolor, entre *Eros* y *Thánatos*, entre el impulso creador y la atracción del caos. Saliva, sangre, orina y secreciones genitales se mezclan, en el discurso lírico, con el lenguaje de la emotividad y con otro lenguaje más ceñido, despiadadamente autoinquisitivo, que lucha por someter la libido y el impulso tanático al imperio de la razón. Por eso, aunque conjure con frecuencia la muerte, la mujer-mariposa *grita* para no morir atrapada entre su incandescencia interna y la frialdad de una mirada-espejo más huidiza cuanto más cercana.

¿A quién le grita esa mujer? ¿A quién le grita? –preguntaría con un tonito de superioridad o de burla una de esas voces de ciudadano-promedio que Susana Thénon parodiaba obsesivamente para poner al descubierto un rasgo típico de la cultura popular bonaerense: la facilidad para enjuiciar al prójimo (sobre todo si es mujer) y la tendencia a evadir responsabilidades.

Esta mujer –la que habla en el poema “Mariposa Negra” y en el resto del libro– le *grita* al ciudadano-promedio que está a su lado sin estar del todo (o que está pensando en irse, o que ya se ha ido):

No, amor, no basta con lamer nuestros cuerpos,

No basta con patearnos y gritar, jadear hasta pulverizarnos,

No amor,

No preguntes la hora después, no enciendas la luz,

no hables, no pienses, no respires

Quieto

Esta mujer no busca compasión ni una blanda caricia sino el placer/tortura de una comunión amorosa que se le muestra cada vez más inalcanzable por el progresivo alejamiento de un amante indolente o ya en retirada. En un tono alternativamente imperioso, desgarrado o furibundo, su afilada lengua de mujer dispuesta a todo no se cansa de dar órdenes que el amante no obedece, o de disparar quejas y reproches que parecen caer en el vacío como balas perdidas:

No amor

No basta con emitir gruñidos de animal en celo

Esta mariposa en guerra me recuerda a Medea por lo enorme de su herida, por la incapacidad de aceptar el desamor y por la urgencia de tomar el control de su propia desdicha. También se le parece un poco a las “locas” de la Plaza de Mayo por su rebeldía, por el culto al duelo y por la inagotable tenacidad de su protesta. *Loco* es el impulso de la mariposa a enamorarse de la muerte: *Busco cantando una afilada hoja de afeitar / Para dar comienzo al espectáculo. Loca* es su disposición a no aceptar lo inevitable: *No te contemplo, no puedo contemplarte. No suceden estas cosas. Loco* su empeño en seguir luchando y reclamando cuando ya todo parece haber acabado: *no me desaparecerán, ni siquiera tú que insistes e insistes cuando de noche te veo en el espejo.*

Al mismo tiempo, esta *loca* lúcida –tan enferma de pasión como de lucidez– es capaz de analizar sus sentimientos, sus debilidades y sus contradicciones con la fría mirada de un fiscal y la implacabilidad de un inquisidor. Como en este fragmento, en el que resuena el *odi et amo* de aquel poeta latino que descubrió en sí mismo, con sorpresa y amargura, la naturaleza ambivalente de Eros:

Una mano hinchada me derrumba sobre la cama, ésa es la mano que odio y la mano que amo. Pero en la oscuridad no puedo distinguir si es tuya, o es mía. Lo único que sé hacer es levantarme y erguir mis pechos como dos simples animales.

O como en este autodiálogo, en el que, cada vez más cerca del registro de Medea y de la amenazante intensidad de sus soliloquios, se plantea aquellas preguntas que le provocan más

ansiedad con la intención, condenada de antemano al fracaso, de ordenar y clarificar el amasijo de sus emociones:

Me pregunto cinco años después: ¿si soy autodestructiva, puedo ser destructiva?, ¿si me odio, soy capaz de matar?

Insistentemente se repite en sus palabras –como si Bataille hablara a través de la ninfa Eco– la tensa relación entre dolor y placer y entre erotismo y muerte. En la sección de “Responsos”, título que anuncia con precisión el tono musical y emocional de todo lo que sigue, la mayoría de los poemas llevan a su vez títulos que connotan la violencia del goce sexual –*la pequeña muerte*– y también la otra violencia, la del ese instante único que separa la vida de la no-vida. *Ganz Unten* (‘Bien abajo’), *Esa cosa negra* o *La noche sosegada* sugieren tanto el éxtasis de los sentidos como el impulso tanático, tanto la descarga libidinal como el regreso a lo inanimado. El primer verso de *Esa cosa negra* proclama la ambivalente duplicidad del erotismo casi a la manera de un lema:

Gozar, morir. Ensombrecer.

Los ritos del amor y los juegos al borde de *lo que está más* allá se entrelazan sin tregua en todos los poemas de la serie. Sola en el baño, la mujer enamorada coge una cuchilla y se destroza una vena del tobillo para escribir con su sangre el nombre del amado en el espejo. O coge una afilada hoja de afeitarse y sumergida en la tina cortajea sus piernas hasta enrojecer el agua. O coge un cuchillo para el pan y cortajea más. O sueña, o fantasea o delira con un verduguillo que, investido con los poderes demoníacos del Falo, proporcionará el supremo placer de un coito letal:

Entra el pequeño verduguillo como un pene, entra

Y vuelve a salir porque no aguanto, no aguanto

Y entra de nuevo y entra de nuevo y entra de

nuevo.

No más.

O reclama del hombre-animal *–el atrapado en la piel–* que la desuelle como a una víctima que espera la gracia de la muerte sobre el altar del sacrificio:

Voltea mi piel, voltea y verás cómo me extiende hasta
el último resquicio y para siempre. Y para siempre.

La ferocidad de un Eros turbulento y despiadado, que enciende la sangre solo para negar o posponer la gozosa crispación del éxtasis se combina a lo largo de **Mariposa negra** con las caleidoscópicas imágenes de una mujer que se metamorfosea en humilde adoradora o en *diosa enfurecida*; en víctima inerme o en implacable acusadora; en pecadora sin remedio o en penitente que se hinca de rodillas sobre las piedras para pedirle perdón a un dios que no responde o a un hombre sordo a sus reclamos o a las palabras que salen a borbotones de su boca impía o a sí misma por el salvaje placer de hacerse daño...

Rocío Silva-Santisteban, la creadora de ese caleidoscopio y de las intrincadas melodías que acompañan a cada cambio de figura, nos abre en este libro una vía regia para descubrir la relación profunda entre la vivencia erótica y la contradictoria multiplicidad de lo sagrado y para ingresar *–aunque sea de modo fugaz y vicario–* en esa dimensión aterradora que incluye lo más alto y lo más bajo, lo más sucio y lo más puro, el tabú y la transgresión, el pecado y la santidad.

Susana Reisz

Lehman College, CUNY

Nueva York, septiembre 2007

Mariposa Negra

Rocío Silva Santisteban

que muero porque no muero

Santa Teresa de Jesús

Cantos

Mariposa Negra

El papel que he puesto sobre las ventanas ha quedado empañado
La humedad de su saliva sobre mis piernas, entre mis dedos
Se guarda y en pequeñas cavidades, destroza
Esto que a veces pretendo inventar.
No, amor, no basta con lamer nuestros cuerpos,
No basta con patearnos y gritar, jadear hasta pulverizarnos
No, amor,
No preguntes la hora después, no enciendas la luz, no hables, no pienses, no respires
Quieto
Deseo recorrer con mis sucias manos tu cuerpo inerte
Y sentir que mis olores te poseen, se incrustan entre tus vellos
Te deshacen.
Mi habitación rojiza se abre como una niña y espera
Pero este rojo tuyo no puede mezclarse ni sangrar, no puede
Rebajar esta brecha de tormento entre tu espacio y el mío
Tu saliva de nuevo sobre la palma de mi mano y tus ojos intentando
No amor
No basta con emitir gruñidos de animal en celo,
No basta con destrozar mi ropa en jirones al aire, no basta
Con inyectarnos veneno en este encuentro
No amor,
Cuando termino de escuchar la música que dejaste
Cuando corto un pedazo de pan y lo mastico para engañar mi furia
Cuando recorro con ojos lascivos la habitación en rojo
Y constato tu presencia en el interior de otra
Habitación vacía, cuando
Enredo entre mis dedos el ansia y la distancia
Sólo la imagen de tu sombra estirada sobre el papel fucsia permanece en mi silencio
Y una mariposa negra, presagio de la muerte, me acompaña.

Canción

Una canción es sólo una sombra
Que nada te evita en el camino

Arrastra tu voz
Arrastra tu deseo

El tiempo que me circunda te deja suelto a ti
La voz que te nombra no me dice ni me desdice

Voltea

En medio de la noche y sobre el mar una breve luz
Una breve luz que no quiere iluminarte
Es palpada por tus sentidos
Y callada por tus silencios

Silba esta canción que no canto
Silba en plena oscuridad

Una pequeña lumbre se asemeja a una nota aguda
Y este piano que se apaga es mi rostro
O por lo menos mi deseo más profundo.

Lo blanco del cuerpo

Sobre las paredes en celestes del cuarto
Un dibujo de cannabis en blanco
Las lágrimas en blanco se deslizan bajo los lentes
El estómago en blanco, retorciéndose
El corazón ablandado, me dejarás
Sin remordimientos porque nunca sonreímos
Como una pareja feliz.

Te arrancaría todo lo blanco del cuerpo
Para enseñarte la herida.

Como siempre me siento al filo de la cama
El rumor de una palabra no dicha destroza todo
Llámame, muérdeme, llora un poco más
Ven
A pesar de todo no sé qué tengo y quiero
Acariciarte despacito.

Una herida menor

Me tomaste los dos brazos al pasar
Te miré:
Una herida menor en los labios cerrados
Te beso

Esa música grave, la escucho ahora
Me destroza, te decía,

Entre los dos no queda nada, nada
Sólo un olor
La imagen de un olor:

Una bañera blanca y tu cuerpo
Sobre las sábanas desde el cuarto yo miraba.
Voyeur del caos.

Todo lo hemos inventado
La piel con la fuerza de un golpe, la música

No puedo deshacerme de esa música
Sigue ahí, ahí

Nunca nunca nunca
Podré deshacerme de esto
Que no sé si es recuerdo
Que no sé si es venganza
Que no sé si es rencor.

Pero una palabra tuya

*enseñanos a que nos importe
y a que no nos importe*

T.S. Eliot

Invoco tu presencia fresca, casi húmeda
Invoco tu nombre en alto y a la paciente caracola arrastrando su babosa
Intoco tus ansias, las mías, de papel, como una máscara
Tapándonos la piel
Invoco tu perdón, Señor
Una pecadora que posa sus plantas sobre las losetas del templo
Una infame pecadora y sus pequeños murmullos
Sin saber ella misma de su propia suciedad
Porque pretendo y no pretendo
Porque las sombras se cobijan bajo nuestra oscuridad
Porque veo desde lejos una luz y emprendo el camino equivocado
Invoco tu fuerza de caída, tu cadena, tu terciopelo, tu madera
Todo
Esta hebra de incienso
Esta talla de metal que no articulo
Esta gota de agua que no significo
Porque debajo de las hogueras quedan cenizas de cal, la infamia
Porque una pecadora que ofrece un ramo de flores secas
Es sólo una pecadora.
Escondo mis pies del polvo
Pero dejo huellas imborrables sobre los cuerpos de los demás.
No aprenden no aprenden no aprendo
Nada sino sonar a hueco
Cuando alguien posa sus dedos sobre mi nuca intentando una caricia
Invoco a la palabra alma y a la palabra cuerpo y les pido perdón
Invoco tu universo, mis ansias
Y todas las bendiciones que nunca me darás
Y te pido perdón
Y me pongo las botas para salir a la calle y seguir bajo el fango
Perdón.

Epigramas

No importa la noche
Epigrama

De ti me quedan una postal en azul
Algunos animales de origami
Y unas cuantas palabras
Despedazadas
A ratos de oscurísima soledad.

Más larga que aquellos ratos
La figura de tu cuerpo, Livio, llena
Mis vicios a solas.

Hardcore

para ti, loco

Desde aquí puedo decir:
estoy lamiendo tus nalgas con desenfreno

Y las tías, puaj, y las muchachas, puaj,
Y nadie sabe qué sentir

Entonces te volteo
Y continúo
Lamiendo
Con desenfreno.

Persianas

La luz que viene de la calle
A través de las persianas
Sobre los cuerpos en movimiento
Envueltos en sudor
A m a l g a m a d o s
Refleja en la pared una sombra
Al decir de ella una sombra amarga
Al decir de él una sombra más.

Tonto Blues

Por las calles
Las tardes de inviernos clavan agujas,
He logrado lo que quiero y ahora
Lo arrojé por la ventana con fuerza
Con fuerza

Me lastiman
Todos los tonos de negro

Elimina tus rigores, te lo ruego-
Me pediste
Sabías que andaba mintiendo
Indefensa
Siempre mintiendo.

Ojos labios quebrados
(López Degregori)

No le tengo miedo a la soledad
En la soledad me vuelvo compasiva
Abro una lata de algo, la vuelvo a cerrar
Tarareando una canción,
Palabras tontas brotan del aire
Pero todo se vuelve a detener
Frente al espejo oculto los ojos
Y ellos me siguen diciendo que soy infeliz.
Estoy pagándolas todas, una por una
Pero asumo algo fuera de lugar:
Para una chiquilla la vida es otra cosa.
Ahora, tranquila y dispuesta,
Espero.

Plagios

Adagio en sol menor
(Albinoni)

Esto debería ser una canción
Pero sólo avanzo de a pocos
Como un animal con miedo

Eso eres, eso soy

El miedo viene a acorralarnos
A dejarnos tendidos en la arena

los brazos en cruz
los pezones erguidos
la falda de la muchacha a medio abrir
la bragueta del muchacho descubierta
la mano de la muchacha en la bragueta del muchacho

Y un calor desenfrenado que me calme
Y un dolor sobre el pecho que me frene
Y un sinfín de decisiones detrás
De la calma —de la mano— de los frenos

Ojos necesito para ver esta escena
Y manos para sentirla por dentro.

In the morning you always come back
(Cesare Pavese)

En la mañana tu siempre regresas
Un cúmulo de dudas y un anillo sobre la alfombra
Algo que conoces y palpas sin ganas
Y yo me desnudo —yo me desnudo—
Si tú regresas
Por la mañana siempre pero nada.
Todo es inútil
Algo que va más rápido te calma.
Es mentira todo
Cuando tú regresas.

Queriendo morir
(Ann Sexton)

Si sueño con el orín cayendo desde un puente
Y vuelvo a escuchar el ruido sordo del chorro

Si sueño con la mancha de sangre
Sobre el agua

Si sueño con los trenes y su ruido monótono
De vuelta perdiéndome en Toulouse...

El pez ha dejado un rastro imperceptible en la pileta
Los niños, inocentes, quieren guardarlo
Pero lo matan...

Nunca sabrás dónde estará el pez
Nunca sabrás por qué te perdiste entre los trenes

Y en el agua
¿Qué señal buscar para aclarar algo?
¿Acaso la mancha de sangre permanece compacta
Ante la brutalidad o la inocencia?

Una llaga
(Raúl Zurita)

Un sueño viene de pronto a posarse sobre mis párpados
Los cierro, te veo, los abro, la luz me hiere, sólo
Deseo oscuridad

Dame otra vez
Una herida en los ojos
Una herida en los ojos

O sobre los párpados
Cerrados

Para siempre.

Boleros

Hasta hacernos daño

Algo extraño pesa sobre mí

Escucho el mar reventando y me da miedo
Siento que de pronto alguien pondrá su mano fría
Sobre mi nuca

Sabes que si canto una canción la canto para ti
Si silbo en medio de la noche, sin duda, es mi llamada

Pero estás tan lejos que nunca la escucharás
Y cuando tengo miedo no existe la paciencia

Y si los dedos fríos se posan sobre mi nuca
El temor a no dejar nada para ti me paraliza

El amor está donde tú vas
El amor está donde tú te mueves
Donde tú lo dejas bruscamente

Abro mis brazos de largo a largo y mis pezones alumbran
Una breve luz a esta hora de la noche

Pero sólo logras confundirme

Amor de mi vida, tú me cortaste,
Tú rompiste mi cuerpo como un vidrio inútil
Y luego dejaste las astillas en la cornisa

¿No puedes ver?
¿Acaso no puedes ver?

Baja la mano con la que piensas lastimarme
Que si la extiendes y cierras los ojos
Yo la besaré.

Atrévete, me dices

... porque tú te arrepientes de las cosas, ¿no?, y si te arrepientes, ¿en qué piensas?, contéstame, habla, dime algo.

La luz te abofetea y yo aguanto: aprieto fuertemente los párpados y grito, un miedo, un arrepentimiento por ti para que nunca tengas que arrepentirte de nada.

Necesito un par de golpes encima de mis párpados.

Tú tienes razón, los estertores del gozo y de la muerte se asemejan.

Un mano hinchada me derrumba sobre la cama, ésa es la mano que odio y la mano que amo. Pero en la oscuridad no puedo distinguir si es tuya, o es mía. Lo único que sé hacer es levantarme y erguir mis pechos como dos simples animales.

En esta escena no sé si lamentarme o...

Estoy soñando con árboles que me acorralan y un inmenso sueño rojo. De repente vienes con tus brazos de gigante, por atrás, pegas el cuerpo a mis nalgas y con los barrotes delante vas creando un baile aterrador.

Atrévete, me dices.

Y de tu cuerpo pintado de azul ultramarino se desprende un líquido ámbar que es mi liberación.

Siéntate conmigo, aquí, junto a mí, ven con tus dedos largos y péntrame. Eso es lo que quiero, que me beses, odiando la punta de tu lengua, odiando la punta de tu cuerpo.

Escucho la música y eres tú, odiándome y amándome como nunca.

Si vienes y me besas la mano estoy segura que lloraré.

Junto a mí

a Jorge

Me acerco agazapada a ti, con el cuerpo laxo y extraño, te beso en el hombro

Bajo mi cuello y llego hasta tu pecho, amplio y preciso

Déjame, se escucha en el silencio.

¿Esas palabras fueron tuyas o mías?, no lo sé, nadie lo sabe,

Un beso y tú tiemblas, como si mi juego te provocara y sí, te estoy provocando.

Como si quisiera hacerte sonreír (¿crees que no puedo hacerte sonreír?)

Ponte tu camiseta verde, esa que deja ver tus hombros, esa que permite que yo vea desde lejos tu piel descubierta, sudorosa,

Estás peinando a una yegua, le pasas una escobilla suavemente por el lomo, acaricias el lomo del animal, la hondonada entre la cabeza y las ancas, y la yegua se estremece

Deja que pose mis dedos torpes sobre tus brazos o mejor, mi palma abierta sobre tus músculos dorsales

Llega cansado, acércate, llega en equilibrio, los dos pies hacia delante y la llaga que te devora será borrada

De pronto una corriente de luz y polvo recorre la noche

Una mano dolorosa se detiene como un ave cansada sobre las sábanas

Y es mi mano

O la tuya

O la de ambos— el sopor no permite precisiones

Solo escucho un piano triste que brota de tu más pura desesperación.

Me estás queriendo tanto

Aquí me tienes

Hincada, las rodillas ya llevan la marca de las piedras

Y bajo el acantilado el mar golpea como un animal herido

Cojo con mis brazos una rama en el peñasco

Pero me hiero

Y sólo estás tú, junto a mí, en el abismo
Y espero tu cuerpo como espero el final de la batalla:
Espléndida ante la victoria

O la derrota.

Me has estado mintiendo

Me has estado mintiendo.
Tus ganas me lanzan gritos, aullidos rojos.
Entras, clavabas algo sobre el piso, algo difuso
Ese es el paisaje y la señal del olvido.

Me has estado mintiendo.
Una cadena de ecos y la noche, unos ratos, y ese ocioso placer a cuestas, ese camino que
no nos lleva a nada, sólo unos pasos, un temor.
Quieres que sigan alrededor las mismas cosas,
Arrodíllate, arrodíllate, me gritas.

Es de noche y la noche esta vez decide atormentarte.
Sólo te avergüenzas.
Me has estado mintiendo.

Un giro de tu mano decide entre nosotros lo perfecto.
O lo perverso.

Acaricias tu propio cuerpo, con cautela, acaricias tu propio cuerpo, buscas tus mejillas,
ocultas tus mejillas y yo escupo sobre ellas, sobre esas partes impías que tu cuerpo me
reclama.

Bebamos, continuemos con esta línea sinuosa, la dureza sólo es la formal y precisa
huella de tu cuerpo en mi cuerpo, reposado.

Pero son juegos tristes, son juegos tristes.

No te contemplo, no puedo contemplarte. No suceden estas cosas.

La lástima quiebra en dos mi cuerpo: hacia arriba lloro, por debajo
Me equivoco siempre.

El desierto de Atacama

*Dejemos pasar el infinito del Desierto de Atacama
Dejemos pasar la esterilidad de estos desiertos*

Raúl Zurita

Es largo el desierto de Atacama, la mano sudando sobre el brazo del asiento lo único que hace es confirmar hacia dónde voy, desde dónde vengo.

¿Por qué siempre me despides así? Es la fiebre, me dices, es la fiebre.

Pero tu boca febril no hace sino esconder todo aquello que quizá era una mentira más.

¿Cuánto hemos vivido lo que hemos vivido?

Nada, no ha sido nada. Hoy, ni siquiera permanece una huella sobre la arena, y es que sobre la arena del desierto nunca permanecerá una huella, nunca, ni de tu cuerpo, ni de mi cuerpo.

La última vez que pensé que no me iba y, ya ves, estoy aquí, en pleno desierto, agotada, las manos pegadas de tanto sudar al brazo del asiento y en las vías urinarias la urticaria del dolor.

La gente detestable mirándonos al despedirnos y luego la soledad en la estación del tren en Buenos Aires.

Tu mirar se me clava en los ojos como una espada, como una espada caliente.

Ese sábado teníamos encima el cansancio de un amor perezoso envolviéndonos entre las sábanas y las frazadas del Hotel Mundial, sólo el chirrido de los cables del ascensor perforaba la concentración de nuestros cuerpos, sólo ese chirrido que nos cogió como una turbulencia inesperada, ese ruido agudo, ese ruido reventándonos.

Abrázame, te rogué.

Pero tú te paraste, caminabas lentamente hacia la ducha y yo sólo te veía.

El miedo es frío.

Nos recorre desde algún centro del cuerpo y se irradia como un veneno, en pocos segundos nos cubre todas las venas y todo el pensamiento. El miedo es frío.

Aquí, en el desierto, el miedo me ha bajado la temperatura; de inmediato una mano empapada sólo es una mano fría, el jean pegado a las nalgas no existe, nada existe, sólo este frío que no sé de dónde llega.

Por la ventanilla solo arena, arena, rocas, algunos cerros grises y oscuridad, oscuridad; el sol ha desaparecido ante los movimientos bruscos, ante el dolor en el oído: solo siento oscuridad.

Me transporto al martes, ese mismo martes, las luces de neón en el cielo rojo, ese anonimato pesándome a cada instante. Me transporto, camino por Talcahuano y me pego a los escaparates para evadir esa ciudad que no me acoge.

A las dos de la mañana entro a El Ateneo y pido el libro de Pavase, cuando tengo el libro entre las manos palpo como si fuera un cuerpo su superficie lisa.

Me acerco la solapa a la boca y huelo con intensidad sus páginas abiertas, meto la nariz hasta el fondo de sus páginas abiertas.

Paso mis dedos de uñas ínfimas por la carátula, sonrío ante el cuadro de Dominique Appia, *Entre les trous*, ese mar invadiendo la sala, la niña de cuerpo invisible observando por la ventana un globo elevado sobre el hielo. Con la yema de mi dedo voy puliendo aún más la superficie lisa.

De pronto él me coge por la cintura y sostengo ese instante de plenitud, lo sostengo entre los hombros, lo sostengo, y exploto hacia adentro.

A las cinco de la madrugada, la camisa de jean y la chompa verde, esa sonrisa tupida y un Chesterfield entre los dedos largos. Con el cigarrillo prendido en la mano me acomodaba el cerquillo sobre la frente.

Me pregunto cinco años después: ¿si soy autodestructiva, puedo ser destructiva?, ¿si me odio, soy capaz de matar?

Cómo necesito esa mano acomodándome el cerquillo.

Resposos

Dulzura del odio a sí mismo, dulzura del abismo

E.M. Cioran

*Estamos al borde de la cornisa
Casi a punto de caer
No tengo miedo, sigues sonriendo
Sé que te excita pensar
Hasta adónde llegaré*

Soda Stereo

Ganz Unten

Aquí estoy, levanto el tul de la ventana
La casa en silencio, sólo un caño gotea
He dejado de mirar hacia abajo
Y todo reposa como cuando una se hunde.

No atino a lavarme, no atino a peinarme
Y mis ojos sobre el espejo caliente
Sólo son un reflejo turbio.

Desde acá hay lecciones que repaso:
La vida es una línea.

Aquí las culpas son demasiado culpas
Me desgarran
Y creo que todo no es sino una sucesión
De castigos y sanciones

De castigos y sanciones:

Dejo mi carne pelada al viento
Comprimo los ojos, tenso los músculos y espero
El latigazo que finalmente me redima.

Venus

*de una vieja bañera emerge, lenta y torpe
Venus Anadiómeda*

Arthur Rimbaud

¿Por qué no te vas? ¿Por qué no lanzas una sola mirada lejos, lejos?

Todo es tan torpe cuando tú pronuncias la palabra que me desgasta.

Yo soy esa diosa, yo soy esa Venus, precisamente yo, la que se levanta de la tina, desnuda.

Detrás de mí sólo las luces, el espacio entre el límite del hastío y la evasión; yo soy aquello vieja, a los 28, las curvas de mi cuerpo le dan asco a cualquiera.

En ese espejo que me retrata de cuerpo entero, miro esas curvas y aguanto la arcada en la boca,

Eres un animal y tu... esa maldita piel te atrapa, te atrapa,

Voltea mi piel, voltea y verás cómo me extiendo hasta el último resquicio y para siempre. Y para siempre.

Tengo los omóplatos sugestivos, los omóplatos, ah, eternos como una puta de Brasaii, así soy amor, una putita, un cuerpo que ni siquiera tú ahora quieres contemplar

Soy la que se levanta para otra vez caer

Al borde —debajo mil luces de neón invitándote al paseo— bailas, una botella en la mano derecha y en la izquierda la herida, te tanteas, debajo de la ropa sólo esa piel inmensa que nunca podrás achicar, sólo esa piel dura que nunca podrás morder, ni perdonar.

Te mataré

Siempre —suspendida sin caer sobre los techos de los autos— siempre en esa lámina final de la cornisa, en ese instante del pensamiento, siempre pienso en ti.

Soy Venus, desde hace años soy la elegida,
Yo soy aquella por la cual delirarán
Aquella que besarán en los pies
En los pies lacrados de heridas
En los pies cubiertos de enemigos

Sobre mi jinete cabalgo hasta no verte más
Cabalgo como una diosa enfurecida, cojo las crines de tu pelo,
Hundo mis espuelas en tus ancas
Y mientras tú gimes deo caer mi saliva
Una raya larga de mi saliva sobre tu frente.

Hincha tu sexo para bendecirme, y así,
Cabalgando uno frente a otro, habremos
Quebrado el dolor
Y seremos los héroes, los héroes

Con el nombre de Dios entre los labios
Jadeantes.

Esa cosa negra

*Durante la noche no distingo
lo bueno de lo malo.*

Marlene Dietrich

Gozar, morir. Ensombrecer.

A la hora de lanzar las desventuras, ¿quién es el primero en aguantar el grito inútil?

Quédate aquí, despacio, los dos tirados con el vientre hacia arriba; allá lejos, sobre el páramo las tululas se mecen y dejan entrever los mil mil mil gritos del sol.

Me estrujo los senos con ambas manos pero no hay siquiera algo que pueda disimular lo que siento:

NO ME DESAPARECERE

no me desaparecerán, ni siquiera tú que insistes e insistes cuando de noche te veo en el espejo.

¿Tendré alguna vez miedo de ti?

Te veo en el espejo, me gritas: toma una decisión. Y yo sola no puedo. Te vuelvo a echar una mirada y estás allí: los ojos duros y casi rasgados, el iris claro típico de los perversos y la sonrisa de los bancarios, agestada.

Me miras de nuevo:

Cojo la cuchilla, cojo el fierro frío, paso mi dedo, la yema hinchada de mi dedo índice, paso la yema gorda de mi dedo y tiento la dureza.

(Los actos que cometemos a solas frente a un espejo son las cavidades vacías de los ojos que no tenemos, que nunca podremos poseer)

Tiento a la dureza y otros me relamen con sus lenguas obsesivas.

Levanto la pierna como si fuera un *Pas de deux* y la estiro sobre las losetas blancas y lisas del baño, la levanto más, ahora sin estirar y tiento:

Junto al tobillo el bulto de ese hueso sin nombre, cojo una vena bastante gruesa y azul y sólo en un movimiento de la mano, la cojo y la reviento;

Mientras la sangre ensucia mis zapatos chinos, hundo la yema gruesa y gorda de mi dedo índice y manchado de sabiduría escribo en el espejo algo indescifrable.

Solo al día siguiente, me encuentro con las manos sucias de sangre negra; y al pararme para levantarme las piernas veo en el espejo tu nombre, amor, tu nombre, amor, tu nombre de rojo sucio, amor, tu nombre que un día...

tu nombre que un día...

La noche sosegada

Una cadena de perlas cae, fiel, entre los senos.

Ella ha huido.

Sigue mirando la luz de la guía. Intacta.

Recuerda: una música triste, un ruido de tambor, hojas de plata que caen y golpean con su ruido. Sus ojos heridos. Sigue con los ojos, precisos, mirando. Detrás del espejo, entre las hojas violetas, la pared marcada por el sol.

Recuerda: un vestido de terciopelo turquesa, las escaleras frías, nueve años. Nueve años y los dientes amarillos. Estirar el brazo, dejarse hincar la vena, colocarse sentada sobre la silla de cuero, estirar el brazo y apretar muy fuerte con los dientes. Los pequeños labios marcados. No gritar, ni llorar. Aguantar. Hasta el límite.

Hoy caen las lágrimas. Los ojos. No se puede mirar. Todo está anegado, todo tiene un terrible olor. Los brazos caídos después del remedio inyectado, duelen, duelen, la mirada siempre sobre lo etéreo ¿sobre lo inútil? Caer, caer con gracia. Repetir el espasmo. El acceso ¿te hace ganar la libertad? No reír pero tampoco mostrar.

La violencia se va. No hay tiempo para detenerla.

Este cansancio, ay, este cansancio.

Cojo una perla dentro de mi boca, siento su redondez perfecta.

Quisiera comer la perla, la bala.

Tercer Intento
(Ciudad de Lima, Cero Cero Pe Eme)

*There are no one,
no tengo a nadie*

Santana

Preámbulo

Sobre el ombligo mantengo aún las marcas del níquel,
En las pantorrillas el riesgo del último esfuerzo.
No puedo más, no puedo.
Pasé una hora agachada, recordando
A los viejos amigos, a las muchachas, he sentido
Vergüenza, he llorado,
Las marcas sobre el ombligo
La celulitis, las partes flácidas,
Todo
Y en mi caso no sé responder, nunca
Me prepararon para malos tiempos.
La diva me mira desde la pared, serpientes
En los senos y en las manos una intensa pose de acción.
Ay, y yo como no sus senos, sus poses, nubes
Que se ordenan en pares, dos y dos
Encima de esta maldita ciudad que nos circunda.

El show

Esta culpa es mía.
Mía la culpa de sentirme gorda y desquiciada
Con la papada al borde de la esquina
Y los callos en las manos, mi excusa.
Busco cantando una afilada hoja de afeitar
Para dar comienzo al espectáculo:
Desvestirme en silencio,
Meterme en la tina
Y rasgar con fuerza.
Primero una incisión en la pierna.
Otra para seguir probando, otra, otra,
Y entonces ya no siento,
Sumerjo la mano, el agua rosada hierve.
Veo mi pubis, el agua rosada, mis vellos, el agua
Rosada, los poros dilatados, el agua, las piernas,

Las heridas en las piernas
—perdónenme, perdónenme—
Sigo con las incisiones y ya no la hoja de afeitar
Sino el cuchillo para el pan
El pequeño verdugillo que guardé bajo la almohada
—no quiero saber nada de nada—

Entra el pequeño verdugillo como un pene, entra
Y vuelve a salir porque no aguanto, no aguanto
Y entra de nuevo y entra de nuevo y entra de nuevo.
No más.

Otra canción

Tú eres mi pastor
Nada me puede faltar

Debes llevarme hacia esa verde pradera

Donde el pasto mide sólo algunos centímetros
Y su suave roce produce placer

Donde no queda ni rastro de vida humana
Ni nada que pueda perturbarme

Tú eres mi señor
Nada me debe faltar

Ni un camino recto y amplio donde transcurrir
Tranquila y sola
Ni una señal en la noche que me alumbre

No me deben faltar certezas
No me deben quedar dudas

Quítame esto que me duele sin sentir
Quítame todo lo que me enciende

El fuego que lame mi piel por dentro
Las ansias de encontrar otro final

Tú eres mi pastor
Búscame en la oscuridad
Deja que suba sobre tus hombros

Con una amplia sonrisa regresaré al rebaño
Sin memoria para lo que viví
Sin memoria para levantar la mano, alguna vez

Y arrancarte los ojos.

Rocío Silva-Santisteban (Lima, Perú, 1963) ha publicado los libros de poesía *Asuntos Circunstanciales* (1984), *Ese oficio no me gusta* (1987), *Mariposa Negra* (1993, 1998), *Condenado Amor* (1995), *Turbulencia* (2005) y *Las Hijas el Terror* (2007), así como el libro de relatos *Me Perturbas* (1994 y 2001). Entre otros libros de crítica ha editado, junto con Mariela Dreyfus, *Nadie sabe mis cosas: ensayos en torno a la poesía de Blanca Varela* (Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2007). Ha ganado diversos premios literarios en su país y ha sido antologada en *Las Horas y las hordas*, *El turno y la transición*, *ZurDos*, *Poésie Peruvienne du XXe siècle*, *Prístina y última piedra*, *La mitad del cuerpo sonríe*, *Lavapiés*, *Escritoras mirando al Sur*, *Εμφάνιση από Ελλάδα επάνω σε Ισπανός Αμερικανός*, entre otros libros. Como periodista ha publicado en diversos medios de Perú, América Latina y España. Ha sido becaria de la Rockefeller Foundation (2004-2005), de Avina (2006) y de CLACSO (2008) y es doctora en Literatura Hispánica por la Universidad de Boston. Actualmente trabaja en la Universidad Jesuita de Lima.